

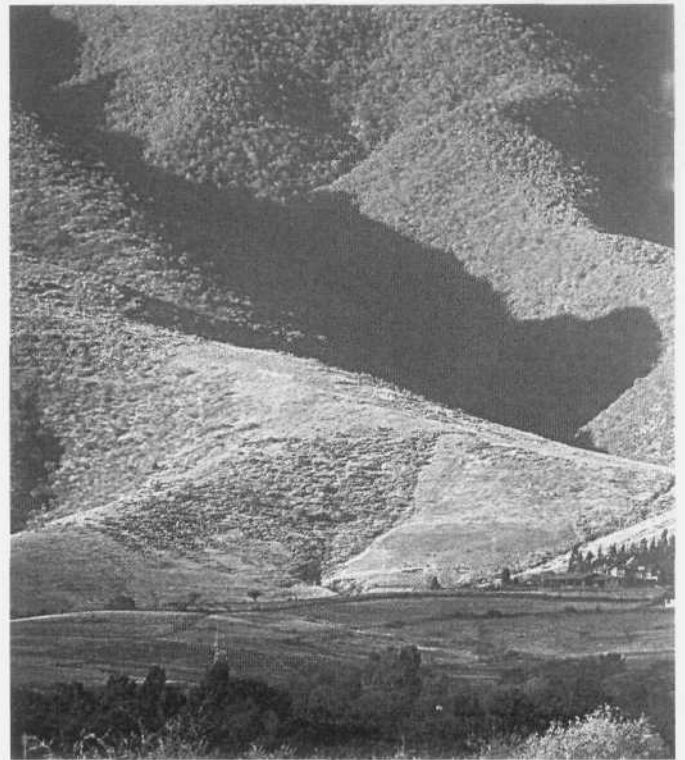
Mabel Inés Falcón

El niño había aparecido un día en la chacra, pero ellos se dieron cuenta de su presencia cuando hacía varios días -o semanas- que llevaba durmiendo en el galpón. Cuando la mujer lo sorprendió robando comida, primero lo corrió con la escoba, pero después los restos de piedad que, pese a la dura vida que le había tocado vivir, aún subsistían, fueron más fuertes y le puso en el suelo un plato con restos de comida, como si hubiera sido un perro. El niño devoró esa pitanza y a partir de ese día no se movió de la chacra.

Con el tiempo el granjero y su hijo, un muchachote muy tosco, lo aceptaron como parte de los implementos que tenían en el lugar y como tal lo acostumbraron a servir en múltiples tareas: traer agua o leña, dar de comer a las aves, alcanzar las cosas que estaban lejos y mil tareas más que el niño realizaba con gran diligencia. El niño seguía siendo esmirriado y bajito y era imposible calcular su edad, la generosidad de los chacareros no se había extendido más allá de proporcionarle unos trapos viejos para que pudiera cubrirse y darle cotidianamente las sobras de la comida de la familia; seguía durmiendo en el galpón, pero la mujer le había dado una manta abrigada para el invierno.

Hablaba muy poco, pero entendía perfectamente las órdenes que le daban. Su mutismo no causaba inquietud ni curiosidad, ellos mismos eran gente de hablar lo indispensable y su pensamiento no iba más allá de los acontecimientos y cosas cotidianas. En cuanto a su nombre, la cuestión no les preocupaba, seguían llamándolo "el chico", para ellos era más importante ponerle el nombre a un perro porque el perro se puede alejar y hay que llamarlo, mientras que el chico siempre estaba dando vueltas por allí.

Cuando hacía unos dos años que el niño vivía en la chacra, llegó, en un autito destartado, una maestra recién designada en la flamante escuela del pueblo cercano. Le explicó a la mujer que estaba haciendo el "censo" de los niños en edad escolar de la zona. La mujer le dijo que ella no tenía niños chicos y que su único hijo, que ya era hombre, había ido unos pocos años a la escuela y abandonó porque no le "daba la cabeza". Cuando la maestra se estaba yendo, apareció el chico y la maestra le preguntó a la mujer quien era el niño.



Valle de Oaxaca. Foto de Tom Owen Edmunds

La mujer le dijo que no era hijo de ella, que no sabían de donde era y que estaba allí desde hacía bastante tiempo, ellos le daban de comer y lo vestían por caridad. Cuando dijo esto ella pensó que la maestra se sorprendería de ver una familia tan generosa y desinteresada, pero por el contrario, la maestra se horrorizó, como se había estado horrorizando esa semana por distintas cosas que había visto y oído en las distintas chacras que había visitado. Pero la experiencia de esos días la había hecho más prudente, así que con calma le explicó que si ellos estaban a cargo del niño, debían proveerlo de todo lo necesario, no sólo de ropa y comida sino también de educación, por lo tanto debían mandarlo a la escuela.

La mujer quedó consternada y no supo que contestar. Le dijo que esa noche le preguntaría a su marido, pero volvió a repetir que el chico no era de ellos que lo tenían por caridad... Aún después que la maestra se fue, siguió repitiendo lo mismo con la obcecación de los pobres de espíritu.

Esa noche los tres miembros de la familia hablaron sobre la novedad que tenía la mujer.

El hijo se sintió agraviado cuando supo que el andrajoso y hambriento guacho iría a la escuela, cosa que él no había podido hacer, no como dijo su madre porque no le daba la cabeza, sino porque su padre lo necesitaba para trabajar en el campo.

El hombre dijo que por él que fuera, pero la escuela quedaba lejos y él no le podía prestar ningún caballo, el chico se cansaría pronto.

La mujer, más práctica, dijo que el chico era útil y las horas que estuviese en la escuela, más el tiempo que tardaría en ir y venir, no podría ayudarla a ella y a los demás. Que mejor le dijeran a la maestra que no lo mandarían a la escuela, total con el hijo habían hecho lo mismo y no pasó nada.

La opinión de la mujer fue aceptada y todos se fueron a dormir.

Los chacareros no contaron con la férrea voluntad de una maestra joven e idealista. Dos días después estaba en la chacra para constatar no la decisión de la familia, sino para preguntar cuando mandarían al chico a la escuela.

La mujer, que nuevamente estaba sola, se asustó mucho cuando la maestra habló de la ley y de la obligación de mandar al niño a la escuela y de la posible intervención del comisario del pueblo.

Esa noche, el marido y el hijo encontraron a la mujer temblorosa y llorando y entre hipos y mocos les contó lo que le había dicho la maestra. Consiguieron transmitirle el temor a ellos. Con la ley no se podía jugar. El padre había cuatreado en su juventud pero siempre le había dado una fuerte participación al comisario. El hijo había tenido relaciones y preñado a la hija de un vecino, pero el comisario no había tomado la denuncia de la familia ofendida, porque ellos habían donado una vaquillona para la policía. Esas habían sido cosas sencillas de solucionar, pero ahora había otro personaje con poder en este lío: la maestra, que todos sabían era más letrada e inteligente que el comisario y para colmo tenía el apoyo del cura y del intendente.

Entre los tres empezaron a barajar todas las posibilidades, podían echar o esconder al chico, pero la maestra ya lo había visto y preguntaría por él. Podían decir que era tonto, pero la maestra lo comprobaría y todos por una u otra causa sabían que no era tonto. Se fueron a dormir sin solucionar el problema y la mujer se durmió pensando y repitiendo por enésima vez “esto nos pasa por ser demasiado buenos”

Al día siguiente apareció nuevamente la pesadilla de la familia, la maestra llegó como de costumbre en su pequeño y viejo coche, que desafiaba, al igual que la dueña, los obstáculos de los caminos vecinales.

La mujer la vio y sintió ganas de salir corriendo, pero vio con gran sorpresa que la mujer no se dirigió a las casas sino hacia el chico que estaba recogiendo agua del pozo en un balde. Estuvo largo rato hablando con él, lo cual preocupó mucho a la mujer que imaginó que el desagradecido se estaría quejando de ellos.

Cuando terminó fue a hablar con la mujer. La maestra estaba muy contenta y le comunicó que a partir del lunes el niño iría a la escuela. El transporte, que había conseguido a través de la intendencia, pasaría a buscar a los alumnos por la ruta que estaba a pocas cuadras de la casa, en cuanto al guardapolvo, ropa y útiles, no tendría por qué preocuparse porque la escuela había recibido, gracias a los buenos oficios del párroco, una provisión de todas esas cosas que durarían para todo el año. Por otra parte esa escuela tenía partida para comedor y una mujer del pueblo se había ofrecido para officiar de cocinera, así que los chicos almorzarían en la escuela y se quedarían hasta las cuatro de la tarde.

Cuando el pequeño autito se fue bamboleándose por el camino de tierra, la mujer trató de ordenar sus pensamientos. El chico iría a la escuela, estaría casi todo el día, tendría lujos como ropa, libros y buena comida, lo llevarían y traerían en ómnibus. Cuando pudo digerir todo, le sobrevino una rabia inmensa, su marido, su hijo y ella misma, no habían podido ir a la escuela porque siempre hubo otras tareas que hacer, eran analfabetos, ella ni siquiera aprendió a firmar, las pocas veces que tuvo que hacerlo sólo dibujó una cruz y ahora ese guacho venido de no se sabe donde tendría todas esas ventajas. En un año o dos los miraría con desprecio y superioridad.

La mujer sintió por primera vez un odio feroz, una necesidad imperiosa de acabar con ese chico extraño que, por producto del destino, recibía todos los beneficios que ella no había tenido nunca. El chico había reanudado la tarea de sacar agua, ella se dirigió lentamente hacia el pozo, sentía la necesidad de ver con sus ojos al harapiiento que en poco tiempo se convertiría en alguien superior a ella. A medida que se acercaba sintió un sonido extraño, cuando llegó a pocos metros del pozo se dio cuenta que el chico estaba cantando, con una voz desafinada y ronca por la falta de uso, el chico tenía la insolencia de demostrar su alegría. Esa fue la gota que rebasó el vaso de su envidia. Los últimos metros los caminó resueltamente. ☒

Mabel Inés Falcón. Argentina, doctora en Psicología, profesora de Psicología Educativa en la Universidad Nacional de San Luis y de Organizaciones Educativas en el Instituto de Formación Docente Continua de la Provincia. Participó en varios libros colectivos y tiene dos libros de su autoría, referidos a temas de su especialidad.